

XLIV SEMANA SOCIAL DEL ESPAÑA

"El diálogo, camino para la Iglesia"

VALORACIÓN Y PROPUESTAS POR PARTE DEL GRUPO DE TRABAJO DE LA DIÓCESIS DE MURCIA

Atendiendo el llamamiento de la Conferencia Episcopal Española y el encargo de nuestro Señor Obispo, Don José Manuel Lorca Planes, nos hemos reunido las siguientes organizaciones eclesiales para abordar la valoración del documento.

Las asociaciones presentes:

- Comisión Diocesana Justicia y Paz de Murcia
- Iglesia por un trabajo decente
- HOAC
- Religiosas de María Inmaculada
- Institución Teresiana de Murcia
- Movimiento de Diálogo Interreligioso
- Comité Óscar Romero
- Manos Unidas
- Confer

1.- Valoración del documento

Este grupo de trabajo considera que el documento propuesto es un magnífico punto de partida, puesto que analiza perfectamente la situación material que se da en España y que es la base para la polarización de la sociedad. Existe una infraestructura que condiciona la superestructura social, esta infraestructura consideramos que viene determinada por los intereses de las élites globales que imponen sus intereses mediante sus intermediarios locales, es decir, las grandes corporaciones. Estos intereses están protegidos en España por grupos como Blackrock, que controlan o poseen buena parte de las empresas del IBEX y mediante este control asumen gran parte de los medios de comunicación. Estos intereses están determinados a producir una ruptura social que impida a los pueblos sentirse en comunidad, tener proyectos comunes humanos, no solo de intereses crematísticos. *Divide et impera* vuelve a ser el lema de esas élites globalizadas.

La división social busca enfrentar a los penúltimos contra los últimos según la vieja máxima de amigo-enemigo. Las redes sociales amplifican este efecto mediante un emotivismo social que ya fue estudiado por Eva Illouz en *El capitalismo emocional*. El ser humano es reducido a sus emociones más básicas y reconducido a ser el *homo oeconomicus*, el *homo consumptor*, que

se ve impelido a consumir para ser, para estar integrado: *consumo ergo sum* es la máxima de hoy. Esto provoca que no exista un compromiso social de transformación, sino de juicio y desahogo social y a la descalificación del otro por no ser de los nuestros, es una cultura de la confrontación y la descalificación programada.

Creemos que como Iglesia no podemos participar de la polarización. Los medios de comunicación de la Iglesia no deben ser parte de la polarización. La Iglesia debe asumir como tal el diálogo que propone en la sociedad y que da la sensación de no tomar completamente en serio. Así nos ha sucedido con el diálogo por el trabajo decente entre Iglesia y sindicatos, no tuvo continuidad y dio sensación de ser algo para la galería.

2.- Reflexión del grupo de trabajo

Los cambios en la sociedad se suceden a una velocidad vertiginosa. Vivimos a un ritmo que supera nuestra limitada capacidad. En medio de muchos signos positivos, observamos que surgen ideologías populistas, integristas y de intolerancia. Se respira cada vez más un aire enrarecido debido a la polarización, que afecta seriamente la convivencia social. Se percibe una pérdida de valores éticos y espirituales en la sociedad. La generosidad, la solidaridad, el espíritu de acogida al inmigrante, la conciencia de fraternidad universal, la justicia social, el respeto al diferente, se silencian. El diálogo brilla por su ausencia. Estamos entrando en una cultura de la confrontación. No se admite la diversidad y la pluralidad. Cada quien defiende su posición, faltando al respeto del otro. Con estas actitudes desaparece la búsqueda del bien común y la convivencia social.

Todo ello está siendo alimentado por el uso excesivo de las redes sociales en donde aparecen toda clase de noticias falsas y bulos. Consecuentemente, aumenta el fundamentalismo político y religioso, el racismo, la xenofobia, la homofobia, el machismo, la aporofobia... Las descalificaciones e insultos generan odio entre los políticos y en amplios sectores de la sociedad.

El neocapitalismo, en su modalidad fundamentalista tanto económica y política, arrasa sin piedad, tratando de imponerse y de controlar los medios de comunicación. Es un sistema que gira en torno al mercado convertido en nueva religión. Este sistema ha configurado una manera de pensar y una determinada cosmovisión. Ha creado una corriente de idolatrización de la economía. Valora a la persona no por lo que es en sí misma sino por su capacidad económica de competitividad, de producción y consumo, de compra y venta. Convierte al ser humano en una pieza del sistema y en un objeto al servicio del mismo.

El individualismo se impone sobre la solidaridad, la discriminación y el racismo sobre la fraternidad, el armamentismo y la guerra sobre la paz, el desarrollo salvaje sobre el desarrollo sostenible y humano, la desesperanza sobre la utopía en un mundo alternativo. Hemos entrado en una espiral deshumanizante, carente de ética y de espiritualidad lo cual está generando una crisis de humanidad.

Es aquí donde surge la apremiante necesidad reconstruir la espiritualidad para impregnar la realidad histórica de espíritu, transformarla y humanizarla. La espiritualidad es más que la religiosidad. Es la dimensión más profunda del ser humano. Sin espiritualidad no hay posibilidad de un futuro esperanzador. La

espiritualidad es el alma de la vida. Es motor de la ética que mueve las turbinas del espíritu para vivir abiertos a los demás, a la búsqueda del bien común y del cuidado de la casa común.

La vivencia de la espiritualidad nos ayuda a descubrir y trazar un camino nuevo, más limpio, más humano y fraterno. Nos posibilita asumir el dialogo como medio para la resolución de conflictos. Nos capacita para saber escuchar y saber respetar, ver y vivir la vida sin ambición de poder y de lucro. Para reconstruir el sentido de justicia, solidaridad, ternura y gratuidad contemplativa. Nos abre a la dimensión trascendente.

Necesitamos un cambio de conciencia y una profunda transformación interior que dé sentido a la vida, anime la esperanza en la utopía del reino de Dios y dé fortaleza a la lucha por una nueva humanidad. Esta utopía, que emana de la espiritualidad, no es una ilusión sino un proyecto orientador de la humanidad. La espiritualidad es la alternativa que allana el camino para el diálogo y la convivencia fraterna.

Nos preguntamos si es posible vivir sin el diálogo, sin apuntar a la verdadera fraternidad en un mundo tan globalizado e interdependiente. La respuesta es que, o se dialoga, o bien se combaten los unos contra los otros hasta la recíproca destrucción. Sin embargo, estamos convencidos de que la “fuente de la cultura del encuentro” está en el encuentro personal con Cristo. Es Él quien tiene que alimentar la llama interior de la que es expresión visible la acción comprometida. Al vivir en la conciencia y el amor desde lo más profundo del ser, la esencia crística que todo ser humano posee, tiene la fuerza para sembrar armonía y paz en la vida cotidiana y propiciar así el bien común de la sociedad.

3.- Propuestas del grupo de trabajo

- La Iglesia debería lanzar una propuesta de diálogo social a nivel nacional y diocesana. Creemos que puede ser un referente para hacer mediación en ese diálogo en la sociedad; internamente hay ejemplos y experiencias de promover esa mediación para el diálogo. Sin embargo, se observa que no se comparte o a veces se esconde, experiencias de diálogo en los que se ha participado
- Creemos importante crear un grupo de análisis de la polarización en cada diócesis e incluso nacional.
- Debemos insistir en proponer la DSI como punto de partida para el diálogo y esto implica implementar un plan de formación eclesial en la misma.
- La Iglesia es en sí misma un diálogo, diálogo con Dios y diálogo entre los seres humanos, pero ese diálogo debe ser formado, sostenido y concreto. Existen temas fundamentales para ello: el compromiso con la Tierra, nuestra Casa Común, el compromiso con los pobres, los elegidos por Cristo y el compromiso por una Iglesia sinodal.